

## ARTICULO I

Cada siglo tiene su carácter peculiar que lo distingue de los anteriores; colorido especial que proviene de causas complejas y de condiciones que vienen a coexistir providencialmente para el desarrollo de un plan universal desconocido: plan que la inteligencia humana no comprende, pero sí lo concibe y presiente. Y es de observarse que los siglos modernos, si se puede así llamarlos, se diferencian más entre sí que los antiguos, sin duda porque los progresos que va haciendo la humanidad en todos sentidos, y las varias evoluciones sociales que son su consecuencia, se multiplican, se fecundan mutuamente y van en progresión ascendente, aunque no siempre en sentido del bien. Un descubrimiento trae inmediatamente en pos de sí otros varios; un procedimiento nuevo en las artes o en las ciencias, abre la puerta a otro y otro, y este movimiento, hoy rápido e incesante, afecta todos los ramos del señor humano que sean susceptibles de modificaciones. Esa progresión ascendente, aunque no siempre en sentido del vapor hemos venido al aire comprimido, y de éste a la electricidad, como fuerza impulsiva; de la fotografía y del telégrafo, al teléfono; del gas a la luz eléctrica; y quién sabe si en lo que de él falta llegaremos a la para mí casi quimérica dirección absoluta de los globos.

En cierta ocasión, en que hablábamos de este mismo asunto de la navegación aérea, me preguntaba usted la razón de mis dudas acerca de la posibilidad de un hecho tan inmensamente tras-

cidental, y yo la decía: si la dirección de los globos —hablo de la dirección absoluta y perfecta, sin peros, sin salvedades, ni reticencias— fuera de una cosa hacedera, ya haría muchos años que estaría perfeccionado, en virtud de esa ley de actual sucesión inmediata y rápida de los descubrimientos humanos. ¡Cuánto tiempo hace que se trabaja en perseguir este ideal, cuántos ensayos estériles, cuántos esfuerzos inútiles, cuánta ciencia y actividad aplicadas con perseverancia inusitada, para lograr apenas medianos resultados parciales! En esta época, veinte años para llegar al punto culminante de una evolución de esta naturaleza, es demasiado tiempo. Y, por mi parte, le aseguro a usted que deseo muy sinceramente que la navegación aérea quede reducida a la categoría de la piedra filosofal, de la cuadratura del círculo, de la palanca de Arquímedes o del **Dorado**. El por qué no tengo necesidad de decirlo.

Las sonrisas de usted al oír mis conceptos —o sean, despropósitos— no me han hecho variar de opinión:

A cada siglo ha dado de ordinario su nombre algún personaje eminente que en él ha descollado y figurado en primera línea, si bien algunos han tomado denominaciones vagas y abstractas, como el siglo de oro, el siglo de las luces, etc.; pero lo más común es que hayan sido bautizados con nombres propios. En lo antiguo se dijo el siglo de **Pérricles**, el siglo de **Augusto**, el de **Alejandro**; en tiempos posteriores se ha dicho el siglo de los **Médicis**, el de **Luis XIV**, el de **Pío IX**. No acostumbra la Historia decir el siglo de **Napoleón**, sin duda porque a este gran Capitán le tocó vivir entre dos

siglos, con un estribo en el XVIII y otro en el XIX, y su gloria se eclipsó antes de terminar la segunda década del último. Esta posición de equitador en dos caballos, muy poco académica, despierta la idea del famoso coloso de Rodas; y, en efecto, Napoleón I lo era, aunque no físicamente, pues parece que tiraba más a pigmeo que a coloso, y su estatuta no excedía sino en dos pulgadas a la de Mr. Thiers.

Me preguntaba usted si, en mi concepto, el primer Napoleón había hecho más bien que males; yo le dije a usted que eso no me lo preguntara a mí, sino a alguno de los partidarios del principio de utilidad, que son los que tienen la receta para hacer esa especie de balances; pero que el bien que hizo a la Francia, echándole el bozal a la gran revolución de 93, y sujetándola, fue incalculable. Cuando apareció este pequeño gigante, encontró a la Francia como escuela sin maestro: un rapaz se había apoderado de la fé-ru-la, otro de la campanilla, éste de los anteojos, aquél del gorro; en el cuadro o tablero que servía para las operaciones de aritmética se habían pintado figuras grotescas, de largas narices y orejas de burro, y letreros anónimos, y todo era confusión y algazara; pero se presentó el monitor Bonaparte, y su presencia y su genio restablecieron el orden como por encanto.

Por lo demás, en cuanto a sangre derramada, no había que cobrarse hechura entre los dos sastres, pues si la una la vertió a torrentes en las calles de París, el otro la prodigó en los campos de batalla, y empapó con ella la Europa. Pero los colombianos no debemos hablar de esto.

Dejando la digresión, contraigámonos a nuestro país, que poco o nada ha tenido que ver con aquellos vetustos siglos de Pericles y Augusto. La América, recién nacida, si no para la geología y la etnología, a lo menos para la historia, la geografía, la navegación y el comercio, ha tenido sus cuatro siglos, más o menos, desde que fue descubierta, si se compensa lo que le falta del presente con lo que le sobra del XV, en que Colón avistó las costas del continente. Y estos cuatro siglos tienen marcadas diferencias, aunque son todos hermanos legítimos y han conservado el aire de familia, variando sólo en ciertos rasgos y facciones que hacen diferir sus fisonomías. El primero, de descubrimientos y conquista, y, en parte, de colonización. Fundáronse entonces pueblos que hoy son ciudades, y ciudades que hoy son pueblos, o villorrios, o ruinas. Abrióronse sendas o trochas en varias direcciones, muchas de las cuales son las mismas que hoy tenemos, como testimonio de nuestro amor a las antigüedades; pero es el caso que hemos adoptado el sistema de conservar lo viejo malo y destruir lo viejo bueno. Este siglo fue de capitanes y encomenderos, de siervos y señores casi feudales, de expediciones atrevidas y costosas, de Presidentes y espaldones. El segundo fue de incubación, o más bien gestación, de un nuevo régimen y desarrollo de los gérmenes contemporáneos de civilización por medio de las misiones, fundaciones y reducciones de indios, en que la difusión de la ley evangélica hizo tántos progresos y tántos beneficios; en él se abrieron nuevas vías de comunicación, entre ellas la que atrevesaba toda la cordillera central

y abría franco paso para el Sur, de la cual no queda sino la noticia; en él la instrucción y amor al estudio tuvo días felices con la fundación y establecimiento de colegios y escuelas; se explotaron nuevas y ricas minas, se abrieron puertos al comercio interior y exterior, y se multiplicaron en nuestros inmensos llanos y riberas de caudalosos ríos las agrupaciones de catecúmenos de la civilización y de la religión. El tercero siguió el mismo rumbo, y fue de relativos adelantamientos en la instrucción, mejoras materiales y obras de progreso, como calzadas, puentes, imprenta, minas, etc.; en él se vieron gobiernos moderados y paternales, costumbres suaves, sociedades cultas y leyes benéficas. Finalmente, el cuarto, que está ya tocando a su fin, lo ha sido de brega continua y batallas sin cuento, desde su principio hasta el momento presente, ya en lucha con la madre patria, lidiando por la Independencia, ya en guerras domésticas y fratricidas, en que cada uno de los partidos en que ha estado dividido el país, desde el tiempo de **pateadores y carracos**, ha pretendido plantear sus respectivas ideas y constituir el país a su modo, ensayando doctrinas, empíricas unas, utópicas otras, sólidas y positivas pocas.

Curioso sería compararlos entre sí, y poner de relieve todas esas diferencias en sus varios aspectos político, social, religioso, industrial, literario y científico; pero el desarrollo de ese plan exigiría escribir uno o más volúmenes, siquiera sólo se tratase de un estudio somero y sintético. Por fortuna esa es la tarea que virtualmente han desempeñado en sus historias aquellos de nuestros compatriotas que se han dado a investiga-

ciones de este género, y basta leer sus obras para hacer tales comparaciones.

¡Cuánto más difícil empeño sería éste en breves apuntamientos heterogéneos, que tienen más de **humorísticos** —género que es muy del gusto de usted— que de serios, filosóficos o históricos! He ofrecido a usted tocar solamente algunos de los puntos capitales en la materia, contrayéndome principalmente al siglo último, en que la vida política y social de la Colonia era ya más seria y digna, y en que se hicieron sentir en ella los ecos de acontecimientos trascendentales en el viejo mundo.

Expiraba el siglo XVII y con él la dominación de la dinastía austríaca en España, inaugurada después de la muerte de la gran Reina Isabel. Carlos II, último monarca de esa dinastía, que hizo no pocos bienes y no pocos males a la España, murió al alborear el siglo siguiente, instituyendo por su heredero un Príncipe de la Casa de Borbón, por un modo nuevo y extraño, como fue por testamento, no por abdicación, ni porque hubiese derecho reconocido de sucesión en el nuevo Príncipe; de manera que el testador no habría podido decir con verdad: “Ni quito Rey, ni pongo Rey”, porque, si no lo quitó, sí lo puso.

Felipe V, Príncipe francés, estrenó el nuevo siglo —y por ese y por otros motivos lo menciono aquí— y lo estrenó ruidosamente, pues llegaba a España en 1701, y apenas posesionado de su rica e inesperada herencia, se vió envuelto en una larga guerra promovida y atizada por príncipes extranjeros.

Sin embargo, desde los vivaques y campamen-

tos gobernaba sus dominios de América, y en medio de la confusión y desorden que reinaba en toda la Monarquía, no descuidaba atender a los intereses lejanos de sus Colonias. El Nuevo Reino de Granada, era gobernado entonces, por presidentes, y el primero que nombró Felipe fue D. Diego Córdoba Lasso de la Vega, de quien descendía probablemente la ya extinguida y desgraciada familia bogotana de este mismo apellido. A éste siguieron, a cortos períodos, otros varios cuyos nombres registra la historia sin mención honorable, pues nada hicieron por donde ganasen fama y gloria. Pero entre esa serie de Magistrados es muy de notarse, como única excepción, el Arzobispo D. Fray Francisco Rincón, que gobernó con acierto desde 1715 hasta 1718. El báculo y la mitra de este buen prelado lo hicieron mejor que la espada y el bastón de los legos mandatarios, que durmieron en las sombras de la muerte civil. Durante el tiempo de su edilidad se emprendió y llevó a cabo, entre otras cosas, la difícil reducción de los indómitos indios goajiros, que tanto dieron que hacer durante largos años, sin esperanza de llegar a buen resultado; y esta reducción se hizo por medios suaves y humanos, de acuerdo con el Obispo de Santa Marta, D. Antonio Monroy, quien entró personalmente, como misionero, a las tierras de los salvajes, con no poco fruto de aquellas reacias tribus, y con no pocos peligros y penalidades.

Este prelado influyó, además, eficazmente en apaciguar los disturbios y eternas luchas que había entre la Audiencia de Panamá y el Gobernador, y con los informes que luégo dio, con un ex-

tenso y razonado estudio sobre la historia y causas de tales disturbios, la Corte resolvió suprimir la Audiencia, que era en el Istmo una entidad exótica y estorbosa, y destituir al Gobernador, con lo cual se restableció la paz y el orden en aquella sección del territorio, que desde tiempos atrás, y en todos los tiempos, ha sido el hijo de más esperanzas para la Patria, pero también el que más le ha dado que hacer y más le ha consumido. Parece que al fin se sacará de él algo bueno; pero las gentes supersticiosas no hallan buenos los augurios para la apertura del Canal, por aquello que suele decirse: no separe el hombre lo que Dios ha unido.

El Arzobispo Rincón, cuyo nombre, aunque envuelto y oscurecido entre los de la caterva de mandarines de aquella época, ocupará siempre una página honrosa en la historia de la Colonia y en los anales de su Iglesia, como Magistrado activo y progresista, y como sacerdote ilustrado y virtuoso.

## ARTICULO II

Antes de pasar adelante —y antes de que se me olvide— voy a hablar a usted, no sin segunda intención, de un asunto que, aunque a primera vista parece de poca significación, su carácter de actualidad le da cierto interés, a lo menos para los botánicos y médicos, y también para la humanidad doliente. Hoy se habla por todas partes,